

El congreso de los feos

Lucía Flores

Me llamo S y soy el niño más feo del mundo. S, porque no les diría mi nombre aunque viviera cinco mil millones de años. Para probarles que soy el más feo del mundo, les puedo mostrar mi trofeo. Lo gané en un concurso, y créanme, no fue fácil.

Todo empezó cuando, un día, mi madre me sorprendió en el baño haciendo algo terrible. Tenía en la mano unas tijeras de esas que a los niños no nos dejan usar, porque son “filosísimas”, “peligrosísimas” y otros “ísimos” por el estilo. Esa vez mi madre no dijo nada; sólo abrió muy grandes los ojos y la boca, inmóvil como una estatua. Es que yo estaba tratando de cortarme la nariz. Creo que mi madre pensó que me la iba a cortar toda, pero yo nunca iba a hacer una cosa así. No. Sólo quería cortarme un triángulo de nariz. (Si no saben lo que es un triángulo, imaginen un pedazo de pizza sin el borde redondeado).

Los que me conocen saben que mi nariz tiene un triángulo de más. En la escuela, hay niños que me llaman “narigón”, “cara con mango” y me dan otros sobrenombres que prefiero no repetir. También me dicen “cara entre paréntesis” porque mis orejas son casi tan grandes como las de Dumbo, creo, aunque es difícil saberlo sin medirlas.

Mi madre me arrancó las tijeras de la mano, frenética. Creo que así pensaba salvar mi nariz, pero nunca sabrá que salvó también mis orejas, que eran la etapa número 2 de mi plan “tijerístico”. Después, se sentó en el borde de la bañera, con la cara colorada y respirando fuerte, como quien sale de un gran peligro.

El episodio del baño me cambió la vida, pero no para bien. Primero, mis padres me prohibieron el postre y la bicicleta durante una semana. Después, me hablaron de lo que me podría haber pasado aquel día con las tijeras, y lo que dijeron fue tan terrorífico que tuve pesadillas durante tres días. La cosa no terminó ahí: me obligaron a ir a ver cada semana a una señora que se llamaba Ricotta, o algo así, y que me hacía jugar con muñecos (¡sí, en serio!) y hablarles como si fueran de verdad.

Un día, Ricotta me preguntó qué tenían de malo mis orejas y mi nariz. “¿Que qué tienen de malo? ¿Que qué tienen de malo?”, grité,

mientras lanzaba al techo, como proyectiles, sus horribles muñequitos de bebé, rojo de rabia. Ella descolgó el teléfono y sólo dijo:

— Código 452.

Mientras yo daba mi pataleta, dos colosos fornidos me alzaron en vilo y me encerraron en una pieza donde no había nada de nada, sólo cuatro paredes blancas, y me dijeron que podría salir de allí en cuanto me calmara. Por supuesto, me calmé muy rápido. Unos minutos después, mis padres vinieron a buscarme, mirándome casi asustados.

Fue después de mi berrinche que Ricotta llamó a mi madre para invitarme a un congreso. Por si no lo saben, un congreso es algo parecido a la escuela, pero dura solamente unos días. Los que van allí escuchan discursos aburridos, toman café, compran libros o hacen de maestros. Hay gente de todos los lugares del mundo, por eso en el ascensor se oyen conversaciones que suenan a algo así como “wanchi wanchi” y “kiromototo”, tan cómicas que parecen chistes contados con todas las palabras al revés.

Sé todo eso porque terminé yendo al congreso de Ricotta. Ella les había dicho a mis padres que era para las personas que sufrían de “disfuncionamiento estimatorio personal” o algo así; la verdad es que no entendí nada. Cuando llegué allí con mi madre, vi, delante de un edificio decorado con banderines, un gran cartel que decía “BIENVENIDOS AL CONGRESO DE LOS FEOS”.

Bueno, en realidad, al principio sólo pude leer “BIENVENIDOS AL CONGRESO DE LOS”, porque mi madre se puso nerviosa y apuntó con su dedo al cielo, donde no se veía nada más que una nubecita gris y flacucha.

— ¡OOOOH! ¡Qué impresionante!

— ¿Qué hay? — pregunté.

Mi madre empezó a caminar muy rápido.

— No, nada. Me pareció ver fuegos artificiales, pero creo que me equivoqué.

Pobre mamá, le falló la imaginación. Como si fuera posible ver fuegos artificiales, así, en pleno día, y sin la más mínima explosión. Cuando me di cuenta de que lo único que quería era alejarme de aquel cartel, solté su mano, corrí hacia atrás para leerlo, y luego la miré:

— No te preocupes, mamá, ya sé que soy feo.

Ella se agachó y me abrazó fuerte para murmurar lo que millones de madres hubieran dicho en las mismas circunstancias:

— Para mí no hay niño más hermoso, inteligente y sensible que tú.

CONTEXTO:

Fragmento de mi primera novela para lectores de 9 a 12 años, inédita en español pero publicada en francés (Le congrès des laids, 2001, Hurtubise HMH). La versión en francés se ha reeditado varias veces aquí y en Francia, Italia, Argelia. En 2004 fue finalista para el premio Hacmattack. Esta novela pertenece a una serie de tres libros. Los dos siguientes se llaman "Fierritos et la porte de l'air" y "Le fiancé de Foufou".

Hasta la fecha, hay seis de mis novelas publicadas en francés.